

Una carta sobre José Vasconcelos

Jean Perier*

México, a 21 de julio de 1924.

Señor Jean Perier, Ministro de la República Francesa en México,

a su Excelencia

Señor Presidente del Consejo,
Ministro de Relaciones Exteriores,
París.

El señor José Vasconcelos acaba de dimitir a las funciones de Secretario de Estado de Educación Pública, con el objeto de preparar su candidatura al puesto de Gobernador del Estado de Oaxaca. En el programa que tiene previsto defender sigue siendo fiel a las ideas esenciales que lo animan: reorganización económica y social, tanto para la reforma agraria como para la reglamentación de las condiciones laborales, explotación de todas las riquezas en beneficio de la colectividad y socialización de los servicios públicos.

El señor Vasconcelos, en efecto, pertenece al grupo de hombres, llegados al poder con el General Obregón, que estiman que con la caída de Carranza la Revolución Mexicana llegó a su última etapa, la etapa constructiva. Los fines que declaran perseguir son esencialmente de orden social; con su realización, esperan una verdadera regeneración del pueblo mexicano. En tanto

*Traducción del francés de Arturo Vázquez Barrón (CPTI)

que Obregón, Calles y Ramón P. de Negri se esmeran particularmente en los, en cierto modo, aspectos materiales del problema y tratan de darle solución, por una parte, mediante la parcelación de las grandes posesiones y mediante la difusión de la pequeña propiedad campesina, y, por la otra, mediante la organización del trabajo, y en tanto que Manuel Gamio y Felipe Carrillo se consagran a los aspectos éticos de la cuestión y predicán la resurrección física de la raza, el señor Vasconcelos es el apóstol de la educación del pueblo, que le permitirá cumplir con las tareas políticas y sociales que le incumben. El presupuesto de la Secretaría de Educación Pública, que era de ocho millones de piastras en la administración del General Díaz y que había bajado a cinco millones en tiempos de Carranza, se elevó a 45 millones. Con el apoyo de este Ministro –reformador que se impuso como primera tarea la de reducir el número de iletrados y ampliar la enseñanza técnica– se fundaron escuelas y bibliotecas en todas partes; en los lugares donde, por razones financieras es por el momento imposible crear una escuela, se recibe la visita de maestros ambulantes, verdaderos “misioneros de la enseñanza”, elegidos entre aquellos que tienen alma de prosélitos, y cuya tarea es la de hacer que despierten a la vida intelectual algunas tribus indias hasta entonces abandonadas.

Pero la parte más original de la actividad del señor Vasconcelos es la que se refiere a la educación literaria y artística del pueblo mexicano. No pretende nada menos que arrancar al trabajador manual del círculo estrecho y sin altura en el que lo mantienen su labor cotidiana y sus costumbres ancestrales. Su sueño es fomentar una generación de obreros cultivados y realizar la unión entre trabajo manual y cultura intelectual. En las bibliotecas públicas, recientemente creadas –algunas de las cuales, incluso, instaladas al aire libre y en sitios sombreados y frescos, ofrecen al paseante la posibilidad de disfrutar, al mismo tiempo, el encanto de ciertas obras literarias y el de la naturaleza–, se han difundido a profusión la *Iliada* y la *Odisea*, los *Diálogos* de Platón, *Don Quijote*; para hacer que los autores de la antigüedad clásica sean, material y moralmente, más accesibles a la multitud, se invitó a traductores, pagados por el gobierno, a establecer un texto en español de fácil comprensión, difundido en millones de ejemplares por talleres del Estado. Si bien, y

a pesar de todos sus esfuerzos por crear una cultura puramente nacional, el señor Vasconcelos no pudo escapar a la necesidad de reconocer el eminente valor de la cultura clásica del Viejo Mundo, pretende, en el campo estético, regresar a las fuentes espontáneas del arte popular indio: con colaboradores inteligentes y entusiastas, como el Doctor Atl, intenta restaurar las artes indígenas, cuyos productos, las telas (zarapes y rebozos) y la cerámica, sobre todo, tienen a menudo un buen gusto, una frescura y un candor llenos de encanto. El Secretario de Educación Pública completó su obra devolviendo su dignidad a la música y a las danzas tradicionales, en las que se mezclan de tan extraña manera ritmos apasionados y brutales con la melancólica y lastimera languidez que parece ser el fondo del temperamento indio. Favorece el desarrollo de demostraciones colectivas de gimnasia y de danza, con las cuales deja clara su intención de sustituir, en el alma popular, el gusto por los espectáculos violentos.

Al examinar semejante programa resulta difícil evitar cierto escepticismo burlón: no queda claro cuál es el beneficio que un indio puede sacar de la lectura de Platón, por accesible que dicho pensador se le haya hecho. Sería injusto, sin embargo, desconocer cuán generosas y entusiastas son las ilusiones del señor Vasconcelos. Han hecho de él una de las personalidades más reconocidas, no sólo de México, sino de toda América Latina: nombrado por aclamación “maestro de la juventud universitaria”, título que comparte con su amigo, el filósofo Caso, la irradiación de su influencia llega lejos: hace algunos meses, en Colombia, y también ayer, en la Universidad de Texas, que lo había invitado de manera oficial a ir a exponer sus ideas, los medios letrados lo saludaban como uno de los emancipadores intelectuales de América Latina. El iberoamericanismo, del que se erigió en defensor, no es otra cosa que el aspecto intelectual del nacionalismo puesto de moda por Carranza: se dirige mucho más contra Estados Unidos y contra la Doctrina Monroe que contra Europa; de hecho, para el señor Vasconcelos, América Latina no se acaba en la frontera del Río Grande del Norte, también comprende las regiones de Estados Unidos que sufrieron la dominación de España y que todavía hablan su lengua. El iberoamericanismo, por lo demás, se siente demasiado seguro del vigor de las razas latinas del Nuevo Mundo como para

ser abiertamente agresivo con Europa. El señor Vasconcelos la mira con los ojos compasivos con los que se mira un bello espectáculo que está por terminar: retomando para sí las ideas de Oswald Spengler, estima que Europa está llegando a su decadencia, pero, en vez de afligirse por ello, como el publicista alemán, lo acepta sin mayor problema, ya que la civilización no sufrirá en modo alguno. Está seguro de que es la cultura francesa la que sufrirá las consecuencias mayores de doctrinas tan estrechas, puesto que, por lo pronto, disfruta en México de la más amplia influencia.

Alrededor del señor Vasconcelos se agruparon la mayoría de los escritores que cuentan en México: Caso, Alfonso Reyes, Julio Torri, de quienes no sería posible negar ni su actividad ni su distinción. Igual que el señor Vasconcelos, todos estos hombres, que son diletantes refinados, experimentan profundamente la acción de las letras y del pensamiento franceses, y están atentos de manera cotidiana a sus producciones, incluso las menos importantes, pero no hacen nada para difundir su atractivo; es más, sus esfuerzos tienden a liberar de toda influencia extranjera la cultura nacional, en cuya formación original ponen todo el corazón. En realidad, a pesar de sus aspiraciones a la independencia intelectual, estos hombres se sienten orgullosos de ser los hijos espirituales de Francia; nunca se sienten más felices que cuando pueden mostrar su perfecto conocimiento de nuestras letras y nuestras artes, y lo darían todo por que los compararan con alguno de nuestros escritores. Me esfuerzo en halagar este amable defecto; a menudo los reúno en mi mesa y, en las charlas familiares que tenemos, no dejo pasar ninguna ocasión para combatir sus desagradables tendencias al aislamiento y mostrarles cuánto ganaría su país si aprovechara ampliamente los resultados de la cultura francesa, en vez de instaurar experimentos difíciles e inútiles.

Por último, el señor Vasconcelos hizo esfuerzos por realizar su concepción del arte, expresión y complemento, en cierto modo, de la vida social; con su apoyo, el artista Diego Rivera formó un sindicato de pintores y escultores que, poniendo en común sus energías propias, trabajan en obras colectivas. Estos murales —que el señor Vasconcelos encargó a estos artistas, entre quienes, por cierto, se encuentra uno de nuestros jóvenes compatriotas, el señor Charlot, para decorar las paredes de la Escuela Preparatoria y de la Secretaría

de Educación Pública, cuyos temas están tomados de la vida de las clases trabajadoras mexicanas, con una intención apologética en favor de los obreros y un prejuicio denigratorio respecto de los patrones, y que, de hecho, han provocado, debido a su total desprecio por las tradiciones, numerosas protestas y que incluso, recientemente, han sido agredidos por los estudiantes—son, con su torpeza agresiva y pretenciosa, con su apariencia regañona y su intención, muy obvia, de criticar el actual sistema social, el modelo acabado de lo que puede producir un arte en el cual las tendencias educativas y moralizantes quieren sustituir al talento.

Éste es el señor Vasconcelos, un letrado con opiniones sociales muy avanzadas, educador que trabaja para constituir una cultura nacional y para arrancar a su país de la influencia intelectual de Europa. Si bien, durante las entrevistas que he podido tener con él, no me ha parecido particularmente hostil contra Francia, no por ello, debido a su nacionalismo, su acción deja de tender a limitar nuestra acción en México y, también, en América Latina. Después de reflexionarlo con detenimiento, siento que no lamentaremos su salida de la Secretaría de Educación Pública, más aún cuando su fe en su misión social, su energía y su actividad hacían de él un hombre capaz de llevar a cabo sus proyectos. Ciertamente, la obra que emprendió ha ganado para su causa demasiados hombres entusiastas como para que muera en el acto. Sólo nos queda desear —y la desaparición de quien era su promotor nos permite esperarlo de manera razonable— que, bajo la conducción de hombres menos tenaces, lo que de nefasto tenía su acción para nuestra influencia en México vaya desfalleciendo poco a poco. ❧

(rúbrica) Jean Perier